

LA SECUELA DE DEDICAR UNA VIDA AL TRABAJO POLICIAL

Que la policía no atravesase su mejor momento es algo, a día de hoy, no cuestionable; y así lo demuestran las noticias que aparecen en los medios centrando la atención en figuras policiales que se han visto inmersas en la nefasta gestión del Ministerio del Interior que, durante los últimos años, ha alimentado una cúpula policial politizada al servicio de otros fines diferentes a los puramente profesionales.

La falta de estabilidad laboral de los comisarios nombrados en su mayoría por libre designación, ha generado en esa escala la necesidad de someterse al poder político de turno para conservar o mejorar sus expectativas profesionales, obedeciendo órdenes cuestionables y permitiendo una interpretación torticera de la auténtica labor policial.

Reconocido esto y dejando claro cuál es el origen de la enfermedad que aqueja a nuestro cuerpo, es preciso centrar la mira en las noticias que se publican y su intencionalidad, pues a la lucha de poderes entre políticos y comisarios hay que añadir otra variable que estamos dando por buena, y es que dentro de la prensa hay medios donde todo vale y no todo es veraz, ya que en ese ámbito la libertad y los condicionantes también tienen su protagonismo.



Al final, en esta partida de inteligencia con trasfondo político, la cuerda siempre se rompe por el lado más fácil de depurar, la policía. Y no importa que el afectado sea un profesional con muchos años al servicio de los intereses del Estado, gran conocedor en su materia, con un prestigioso historial profesional, con múltiples intervenciones arriesgadas o que tenga el respeto de quienes trabajan bajo su mando y el respaldo de quienes imparten las órdenes, después de años demostrando su capacidad.

No pretendemos poner nombres ni juzgar hechos, para eso están los jueces en primer término y los profesionales del periodismo, como tribunales mediáticos, después, cuya profesionalidad raramente se pone en duda, a pesar de que también es un colectivo amplio en el que caben profesionales de muchos niveles buscando su proyección con recursos diversos.

Nada que decir en contra de quienes son honestos y consecuentes, pero también es cierto que se debe poner fin a los constantes ataques que sufre nuestra institución y sus mandos, desluciendo día a día la imagen de los profesionales de la policía que, pese a todo, asumen la inseguridad jurídica que implica servir a los ciudadanos con leyes ambiguas, medios escasos y un horario y sueldo no acorde con su esfuerzo.

Y para poner fin a estas acometidas que van dejando víctimas colaterales por el camino, es preciso descubrir a los auténticos causantes de la situación que padecemos.

La enfermedad de la Policía Nacional no es otra que la constante y reiterada politización que todos los gobernantes han prodigado en su propio beneficio, y que el SUP nunca ha cesado de denunciar. Una dolencia cuyos síntomas son la falta de transparencia, la ausencia de igualdad y justicia en todos los procesos internos de nuestro cuerpo, desde el ingreso al ascenso y en la provisión de destinos, pasando por las recompensas; cuestiones que condicionan sobremanera el camino a los puestos de mayor responsabilidad de la organización y, por tanto, el ejercicio del mando al más alto nivel.

Y la cura para esta dolencia es la adopción de medidas urgentes que corrijan esas prácticas contaminadas, mejorando y desarrollando la infructuosa ley de personal que se nos impuso precipitadamente, el cumplimiento de la normativa de transparencia para todos los procesos internos, impidiendo que nuestra cúpula policial sea, como ahora, un club selecto al que solo se ingresa por invitación de los ya instalados que se mantienen en sus puestos por entrega a quienes deben su nombramiento. Es preciso dotar de estabilidad laboral a nuestros mandos en la misma medida que la tienen otros cuerpos policiales, acabar con los círculos de influencia y, sobre todo, descartar el uso de la policía para intereses partidistas y como cortafuego político.

Los responsables últimos no son los comisarios a los que la prensa disecciona sin pudor ninguno y sin que importe, en muchos casos, la razón última de la información, ni el bagaje profesional. Los responsables de esta caótica situación son los políticos que, sin importar el signo del gobierno de turno, no les ha interesado, ni les interesa, cambiar nuestro cuerpo para poder seguir usándolo a su antojo.

Madrid, 8 de febrero de 2017
Comisión Ejecutiva Nacional